

## Maquiavelo y la mujer. Un estado de la cuestión

Buenaventura Marco Moreno\*

Recibido: 24 de abril de 2018 / Aceptado: 14 de diciembre de 2018

**Resumen.** El presente estudio realizará un estado de la cuestión sobre a la interpretación de “la cuestión de la mujer” en la obra de Maquiavelo que desde la teoría política estadounidense se ha llevado a cabo desde principios de la década de 1980. Se sostendrá que las obras analizadas podrán ser adscritas a dos grandes paradigmas hermenéuticos: uno que parte de nociones esencializadas del género que es consolidado desde 1984 por Hanna Pitkin, según el cual Maquiavelo sería un autor misógino que propondría una política sin cabida para la mujer o lo femenino, y otro que denominaremos protoconstructivista, surgido en 1985 y capitaneado por Arlene Saxonhouse, en que Maquiavelo allanaría el terreno para una concepción fluida del género, permitiendo con ello nuevas formas de pensar la política y el género. Si bien la aportación de Pitkin será de incuestionable valor para autoras de ambos paradigmas, concluiremos que la mayor variedad de interpretaciones, y las más útiles para pensar los problemas políticos de la actualidad corresponderá a las obras de autoras adscritas al paradigma de Saxonhouse.

**Palabras clave:** Maquiavelo; mujer; fortuna; virtù; feminismo.

### [en] Maquiavelli and the woman. A state of question

**Abstract.** This article will examine the current state of the question on interpretations carried out since the 1980s by North American political science regarding “the women question” in Machiavelli. It will be argued that the three decades worth of analyzed texts on the subject will fit into two possible hermeneutical paradigms. A first one established by Hanna Pitkin since 1984 showing an essentialized genre conception according to which Machiavelli would have been a misogynist with a view on politics with no room for women or femininity, and another which we called protoconstructivist forefronted by Arlene Saxonhouse since 1985 according to which Machiavelli would have paved the way for a fluid conception of gender, thus allowing for the emergence of new ways of thinking about politics and genre. Notwithstanding Pitkin’s work’s unquestionable value for authors pertaining to both paradigms, it will be concluded that the widest and most useful array of interpretations for application on current political challenges will correspond to the works ascribed to Saxonhouse’s paradigm.

**Keywords:** Machiavelli; Women; Fortuna; Virtù; Feminism.

**Sumario.** 1. Introducción. 2. La fortuna es mujer: Pitkin y la concepción esencializada del género. 3. Hombres como mujeres, mujeres como hombres: Saxonhouse y la ambigüedad en Maquiavelo.

**Cómo citar:** Marco Moreno, B. (2019). Maquiavelo y la mujer. Un estado de la cuestión, en *Res Publica* 22.1, 15-30.

\* Universitat de València  
buemarmo@alumni.uv.es

## 1. Introducción

La obra de Maquiavelo ha sido objeto, a lo largo de sus cinco siglos de existencia, de innumerables pasiones fruto de las más disímiles interpretaciones. No en vano escribiría al final de sus días Benedetto Croce al respecto: “una cuestión que quizás no se cerrará jamás: la cuestión de Maquiavelo”<sup>1</sup>. Como es sabido, la Iglesia católica por orden del Papa IV, ya en 1559, añadiría la totalidad de su obra al *Index librorum prohibitorum*, esto es, la lista de textos cuya lectura o posesión estaban estrictamente prohibidos, salvo permiso expreso otorgado por la Iglesia<sup>2</sup>. Siglos después, y en línea con esta tendencia hermenéutica, Leo Strauss definiría al florentino como un “profesor del mal”<sup>3</sup>. En las antípodas de estas interpretaciones, sin embargo, hallaríamos a sus admiradores, que irían desde Napoleón Bonaparte –conocidas son sus anotaciones a *El príncipe*–, a autores como Spinoza o Rousseau, para quienes Maquiavelo escribió “subrepticamente protegiendo al pueblo de la nobleza”<sup>4</sup>, pasando por Miguel de Unamuno, quien en 1915 animaba a “restablecer el prestigio moral del gran secretario florentino, ardentísimo y nobilísimo patriota, que substituyó la franqueza a la hipocresía gazmoña”<sup>5</sup>, hasta el hoy de nuevo en boga Antonio Gramsci, con su traducción de la figura del Príncipe a su época en la forma del partido político como “príncipe moderno”<sup>6</sup>.

Si bien esta pléthora de interpretaciones se ha referido mayoritariamente a las lecciones políticas que de sus textos emanan en relación a la obtención/mantenimiento del poder por los gobernantes, la creación/mantenimiento de repúblicas y la existencia de una ética propia inherente a la política, no sería hasta principios de la década de 1980 que la contribución de Maquiavelo a “la cuestión de la mujer” suscitara un fervoroso interés a raíz de la entrada del feminismo en la historia del pensamiento político<sup>7</sup>. Cabría inscribir aquí estas relecturas feministas de la obra de Maquiavelo al calor de la irrupción de la mujer, en tanto que mujer como sujeto político, dentro de la reacción del llamado feminismo de segunda ola<sup>8</sup> a la separación y hermetismo entre la esfera privada, a la que tradicionalmente ha sido relegada la mujer, y la público-institucional en que son llevadas a cabo las decisiones políticas, históricamente reservada a los hombres. Así, la consigna proclamada por el feminismo radical norteamericano desde principios de la década de 1970, “lo personal es político”<sup>9</sup>, aparecería como cristalización de la identificación de autoras radicales como Kate Millet o Nancy Henley de la participación de toda práctica social, por privada o íntima que

<sup>1</sup> Cf. I. Berlin, *Contra la corriente. Ensayos sobre la historia de las ideas*, Madrid, FCE, 1992, p. 143.

<sup>2</sup> W. J. Lanson, *Politics, Patriotism and Language. Niccolò Machiavelli's "Secular Patria" and the Creation of an Italian National Identity*, New York, Peter Lang Publishing, 2005, p.73 y F. Fernández Murga, “Estudio preliminar”, en N. Maquiavelo, *Historias de Florencia*, Madrid, Tecnos, 2016, p. XLI.

<sup>3</sup> L. Strauss, *Thoughts on Machiavelli*, Chicago, The University of Chicago Press, 1958, p. 11.

<sup>4</sup> S. B. Smith, *Political Philosophy*, New Haven, Yale University Press, p. 123.

<sup>5</sup> Citado en M. Martín Gómez, “Miguel de Unamuno, lector e intérprete de Maquiavelo”, *Revista de la Sociedad Española de Italianistas*, 9, 2013, pp. 127-136, aquí p. 128.

<sup>6</sup> A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Madrid, Nueva Visión, 1980, p. 12.

<sup>7</sup> M.T. Clarke, “On the Woman Question in Machiavelli”, *The Review of Politics*, 67 (2), 2005, pp. 229-255, aquí p. 233.

<sup>8</sup> N. Fraser, *Fortunas del feminismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2015, p. 17.

<sup>9</sup> A. Saxonhouse, *Women in the History of Political Thought*, New York, Praeger Publishers, 1985, p. 11.

fuera, en relaciones de dominación<sup>10</sup>, tratando con ello de borrar la frontera trazada entre Estado (público, político) y sociedad (relaciones sociales, familia, vida privada) que, aun con sus orígenes teóricos en la Roma de Cicerón y la cristianización de la teología de Aristóteles por Tomás de Aquino en el siglo XIII, se consolida en términos de pensamiento político con el liberalismo del siglo XVII<sup>11</sup>.

Los inicios de la década de 1980 verían aparecer un capítulo en *Public Man, Private Woman* de Jean Bethke Elshtain donde se analizaría por vez primera el papel de la mujer en la obra de Maquiavelo en relación a la dicotomía mujer-esfera privada/hombre-esfera pública. En él Elshtain, pese a sostener que las exiguas referencias a la mujer en *El príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* carecerían de importancia en términos teóricos para el florentino<sup>12</sup>, afirmará que en Maquiavelo la esfera privada constituiría un terreno de batalla donde se libraba una verdadera “guerra entre los sexos”<sup>13</sup>, y a su vez concluiría que según dichas obras la mujer no podía participar en política *per se* al resultarle incompatibles moralmente ciertas prácticas en la esfera pública con su traducción a la esfera privada y viceversa<sup>14</sup>. Tres años más tarde, en 1984, Donald McIntosh, en su artículo *The Modernity of Machiavelli* a cerca de la disociación característicamente moderna de los aspectos instrumental y expresivo de la acción, llevaría la idea de la guerra de los sexos en Maquiavelo un paso más allá al analizarla bajo el prisma psicoanalítico. McIntosh describirá por vez primera la relación entre los conceptos de *virtù* y *fortuna* en Maquiavelo como sorprendentemente sexualizada<sup>15</sup>. Guiado por una actitud hacia la *fortuna* que para McIntosh “combina el narcisismo fálico con el sadismo primario”<sup>16</sup> Maquiavelo aparecerá encarnado aquí en una modificación de la inversión del aforismo de Clausewitz según la cual “para él la política era la continuación del sexo por otros medios”<sup>17</sup>.

Si bien los textos de Elshtain y McIntosh abrieron el camino en lo que a la interpretación de la obra de Maquiavelo desde el prisma de la mujer se refiere, serán el monumental *Fortune Is a Woman. Gender and Politics in the Thought of Niccolò Machiavelli* de Hanna Pitkin en 1984 y un capítulo y conclusiones finales del *Women in the History of Political Thought* de Arlene Saxonhouse en 1985 los que a nuestro juicio no sólo marcarán un antes y un después, sino que operarán como los dos paradigmas hermenéuticos principales en torno a los cuales se articularán todos los estudios subsiguientes. De esta forma, y muy brevemente, definiremos la corriente, si no iniciada sí capitaneada por Pitkin como una en que la mujer, la feminidad y el género son esencializados y la iniciada por Saxonhouse como una en que el propio Maquiavelo, mediante la ambigüedad de sus palabras y la fluidez inherente a su cosmovisión<sup>18</sup>, permitiría una aproximación más maleable, si se quiere constructivista, del género, en que la masculinidad o la feminidad, fruto de la educación y de las prácticas, se entrelazarán en la particular mezcla de ellas que en cada sujeto cristalice.

<sup>10</sup> J. B. Elshtain, *Public Man, Private Woman*, Princeton, Princeton University Press, 1993, p. 218.

<sup>11</sup> A. Saxonhouse, *op. cit.*

<sup>12</sup> J. B. Elshtain, *op. cit.*, p. 97.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 94.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

<sup>15</sup> D. McIntosh, “The Modernity of Machiavelli”, *Political Science*, Vol. 12 No. 2, 1984, pp. 184-203, aquí p. 194.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 195.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 196.

<sup>18</sup> A. Saxonhouse, *op. cit.*, p. 173.

Así pues, en adelante analizaremos los paradigmas de Pitkin y Saxonhouse así como las aportaciones de las autoras que a uno u a otro se adscriben comentando sus aportaciones y complementándolas en ocasiones con pasajes del corpus de textos de Maquiavelo que pensamos ejemplifican sus argumentos, haciendo con ello una suerte de cronología de lo que María J. Falco, en la introducción del imprescindible volumen *Feminist Interpretations of Niccolò Machiavelli*, denominó como la transición de una caracterización del florentino que pasó “de macho chovinista extremo a «profeminista», o al menos «defensor de las mujeres»”<sup>19</sup>.

Si bien a tenor de la literalidad de sus textos políticos más estudiados Maquiavelo aparecerá en las primeras interpretaciones de la década de 1980 que estudiamos como un autor ampliamente condenado como misógino<sup>20</sup>, y la crudeza de pasajes como el famoso final del capítulo XXV de *El Príncipe* en relación a la fortuna parecen difíciles de ignorar a este respecto, las lecturas realizadas con y desde Saxonhouse han tratado de trascender tales interpretaciones en aras de complejizar la cuestión para, valiéndose de la riqueza de matices que permite la ambigüedad de su obra, llevar a Maquiavelo más allá del propio Maquiavelo.

Cabe realizar antes de entrar en detalle un pequeño apunte metodológico a la luz de los problemas que pudieran plantear estas interpretaciones de la obra de Maquiavelo en relación al canon establecido. La mayoría de las autoras analizadas, independiente de su adscripción a uno u otro paradigma, emplearán un enfoque metodológico contextualista<sup>21</sup>, ya sea con predominancia de elementos historicistas, lingüísticos, sociológicos o psicoanalíticos, pero en cualquier caso alejado de la presunción de la existencia de lecturas privilegiadas que fijaran “el sentido último y objetivo de un texto”, comprendiendo con ello “al autor tal como él se comprendió a sí mismo”<sup>22</sup>. Así, si efectivamente ‘la cuestión de la mujer’ no aparecería entre aquellos problemas perennes de la historia del pensamiento político que presupone el textualismo<sup>23</sup> –pese a haber teorizado sobre éstas como parte esencial de los regímenes políticos la práctica totalidad de autores preliberales<sup>24</sup>–, la repolitización del sujeto político “mujer” de la década de 1970 propiciaría hermenéuticas según las cuales autores clásicos como Maquiavelo pasarían a ser útiles, no tanto por la literalidad de lo dicho en sus textos sino “porque nosotros los hacemos hablar, en la medida en que los interpretamos buscándoles provecho a la luz de los problemas actuales”<sup>25</sup>.

De esta forma, trenzando la esfera privada y la pública, así como entendiendo “la política como una lucha por el sentido que tiene lugar en todos los espacios de la vida social [...], la separación entre cultura y política se antoja, al menos, cuestionable”<sup>26</sup>, de tal suerte que muchos de los textos de ficción considerados habitualmente como

<sup>19</sup> M. J. Falco, “Introduction”, en M. J. Falco (ed.), *Feminist Interpretations of Niccolò Machiavelli*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 2004, pp. 1-37, aquí p. 13.

<sup>20</sup> M.T. Clarke, *op. cit.*, p. 231 y J. A. Cavallo, “Machiavelli and women”, en P. Vilches y G. Seaman (eds.), *Seeking Real Truths. Multidisciplinary Perspectives on Machiavelli*, Leiden, Brill, 2007, pp. 123-149, aquí p. 124.

<sup>21</sup> F. Vallespín, “Aspectos metodológicos en la historia de la teoría política”, en F. Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política, I*, Madrid: Alianza Editorial, 2016, p. 28.

<sup>22</sup> J. Franzé, “¿Para qué sirven los clásicos?”, *Cuadernos hispanoamericanos*, 663, 2005, pp. 115-121, aquí p. 118.

<sup>23</sup> F. Vallespín, *op. cit.*, p. 26.

<sup>24</sup> A. Saxonhouse, *op. cit.*

<sup>25</sup> J. Franzé, *op. cit.*, p. 119.

<sup>26</sup> H. Cairo y J. Franzé, “Introducción. Política y cultura: ¿tensión entre dos lenguajes? La gobernanza cultural”, en H. Cairo y J. Franzé (comps.), *Política y cultura. La tensión de dos lenguajes*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, pp. 13-23, aquí p. 14.

menores dentro de la obra de Maquiavelo, en tanto que no explícitamente políticos, pasarán a aportar valiosas perspectivas respecto a la mujer en su pensamiento, de igual forma que el análisis de su correspondencia y su biografía en relación a las mujeres rellenarán ciertos silencios de sus textos más famosos y servirán como comparativa respecto de posibles simetrías y asimetrías entre las recomendaciones de sus escritos y su propia praxis biográfica.

## 2. La fortuna es mujer: Pitkin y la concepción esencializada del género.

A efectos de lo escrito por Maquiavelo sobre la mujer resulta ineludible realizar un análisis de la figura de la *fortuna* en su obra. Si bien bajo este concepto no se referiría a mujeres concretas ni al papel de la mujer en su sociedad, sí resultará clave en cuanto al lugar que ocupe lo femenino en su imaginario político (y personal), particularmente en relación a otro de sus conceptos clave que analizaremos posteriormente, la *virtù*. Más allá de que el italiano en el que escribía Maquiavelo, como tantas lenguas romances, es una lengua con género, y que en él abstracciones que dan título a sus *Capitoli* como la *ingratitude*, la *fortuna* o la *ambizione*, están dotadas de género femenino, para Pitkin resulta evidente del análisis de los textos que dichas “abstracciones son personificadas como femeninas, y específicamente como mujeres poderosas de míticas proporciones que amenazan a los hombres o los gobiernan”<sup>27</sup>, y no meros sustantivos femeninos.

Una breve genealogía del concepto de *fortuna* hace de obligado cumplimiento rastrear dicha personificación femenina del concepto hasta la antigua Roma, donde la *bona dea Fortuna*, pese a su carácter voluble y caprichoso, era una deidad benigna, fuente tanto de bienes materiales como de una buena vida para los seres humanos. Ya entonces aparecería el binomio *Fortuna-virtus*, si bien el papel de la *virtus* romana para con la *Fortuna* consistiría en un respetuoso autocontrol humano, sin incidencia sobre el obrar de la diosa. Llegada la Edad Media, desde Boecio hasta Aquino, el concepto de fortuna fue cristianizado y supeditado a la divina providencia, y aislado todavía más que en el pensamiento de la antigua Roma de la influencia de la *virtus*, que pasará a ser una cualidad del alma. El Renacimiento romperá con esta tendencia fruto del oscurantismo religioso medieval, y sin duda propelerado por un nuevo “individualismo vitalista y pagano que hace un uso nuevo y original de la razón”<sup>28</sup> el humanismo renacentista, con su rearticulación de la *virtù* como excelencia del hombre en la vida terrenal y vehículo del dominio de su propio destino, sentará las bases para una nueva concepción de la *fortuna*, desprovista ahora de su vinculación al providencialismo medieval pero también de la bondad inherente a la *bona dea* romana. Desde el humanismo renacentista la *fortuna* pasará a simbolizar lo contingente, lo inesperado, aquellas obras del destino a las que el ser humano está sujeto y que de manera aleatoria pudieran de igual forma proveer agradables recompensar así como crueles e inexplicables perjuicios<sup>29</sup>.

<sup>27</sup> H. F. Pitkin, *Fortune Is a Woman. Gender & Politics in the Thought of Niccolò Machiavelli*, Chicago, The University of Chicago Press, 1999, p. 131.

<sup>28</sup> R. Del Águila, “Maquiavelo y la teoría política renacentista”, en F. Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política*, 2, Madrid, Alianza Editorial, 2014, pp. 71-175, aquí p. 72.

<sup>29</sup> H. F. Pitkin, *op. cit.*, pp. 138-143 y R. Del Águila, *op. cit.*, pp. 72-121.

Pitkin argumentará que será al amparo de esta resignificación del humanismo renacentista del concepto de *fortuna* que Maquiavelo utilizará –por vez primera en un *de regime principum*– esta histórica personificación femenina para sugerir la subversión de sus designios bajo la metáfora de su conquista sexual, invistiendo con ello sus reflexiones en torno a la política y la historia –también a través de sus poemas y obras teatrales– de un fuerte cariz sexualizado e introduciendo con ello toda una imaginería respecto a la virilidad o la ausencia de la misma<sup>30</sup>.

En su poema *Capítulo de fortuna*, cuya redacción se data entre finales del 1506 y principios de 1507, el florentino retrata a la *fortuna* como una “voluble criatura”, “diosa cruel” de “ojos feroces” cuya “potencia natural a todos toma”. Una “inconstante y móvil diosa” que “el tiempo a su manera dispone [...] sin piedad, sin ley y sin razones”<sup>31</sup>, de origen desconocido y poderosa al punto de ser temida por el mismísimo padre de dioses y hombres en la mitología romana, pues “hasta Júpiter su potencia teme”<sup>32</sup>. Sus acciones son fruto de su volubilidad, y como tales son inexplicables e impredecibles: “frecuentemente a los buenos bajo su pie tiene, / a los deshonestos ensalza y, si acaso te promete / cosa alguna, jamás te la mantiene”<sup>33</sup>. Tomando Maquiavelo a Ciro y Pompeyo como ejemplo histórico de caída tras el éxito, traza un símil respecto a lo que con ellos hizo la *fortuna* y el modo en que un águila lleva a lo más alto a una tortuga para dejarla caer y alimentarse de su cuerpo muerto: “al igual Fortuna no para que allí se quede / lleva a uno a lo alto, sino para que en su ruina / ella se goce y él cayendo llore”<sup>34</sup>.

El poema deja entrever, ya unos años antes de que Maquiavelo escribiera *El príncipe*, que la aparente omnipotencia de la *fortuna* puede ser sin embargo contrarrestada mediante la *virtù*: “su potencia natural a todos toma, / su reino siempre es violento / si virtud superior no la doma”<sup>35</sup>. En efecto, años más tarde, en el manual del gobernante que Maquiavelo escribió para Lorenzo de Médici, matizará, haciendo uso de la conocida metáfora de la *fortuna* como río torrencial, que “ésta muestra su potencia cuando no hay virtud organizada que se le oponga, y por tanto vuelve sus ímpetus hacia donde sabe que no se hicieron ni malecones ni diques para contenerla”<sup>36</sup>. No en vano, como resaltan buena parte de las autoras del volumen *Feminist Interpretations of Niccolò Machiavelli*, y en relación con la sexualización del binomio *fortuna-virtù*, la palabra italiana *virtù* proviene del latín *virtus*, que a su vez contiene la raíz latina *vir*, que significa “hombre”<sup>37</sup>. Así, Pitkin y más tarde también Wendy Brown, sostendrán que para Maquiavelo sólo esta característica vinculada a la hombría denominada *virtù* podrá doblegar –o conquistar sexualmente– a la *fortuna*. Será en el capítulo XXV de *El príncipe* donde Maquiavelo hará uso de su famosa metáfora, según la cual “es mejor ser impetuoso que cauto, porque la *fortuna* es mujer y, es necesario, si se la quiere poseer, forzarla y golpearla”, y llevando la metáfora de la

<sup>30</sup> H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 144.

<sup>31</sup> N. Maquiavelo, *Maquiavelo. Antología*. Edición de M. A. Granada, Barcelona, Ediciones Península, 1986, p. 194.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 195.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 194.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 198.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 194.

<sup>36</sup> N. Maquiavelo, *El príncipe, El arte de la guerra, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Vida de Castruccio Castracani, Discursos sobre la situación de Florencia*, Madrid, Gredos. 2011, p. 83.

<sup>37</sup> H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 25, A. Saxonhouse, *op. cit.*, p. 157 y S. B. Smith, *op. cit.*, p. 117.



conquista sexual y la virilidad un paso más allá afirmará que la fortuna “es siempre, como mujer, amiga de los jóvenes, pues éstos son menos cautos, más fieros y le dan órdenes con más audacia”<sup>38</sup>.

Pese a la crudeza de la metáfora cabe no olvidar, como nos recuerda el *Capítulo de fortuna*, que la fortuna “por muchos es dicha omnipotente / porque todo el que a esta vida viene / tarde o temprano su fuerza siente”<sup>39</sup>. Así, deberá ser el hombre, con independencia de su *virtù*, quien a sus designios se adapte: “es preciso tomarla por estrella / y, cuanto nos es posible, en cada hora / acomodarse a las variaciones de ella”<sup>40</sup>. Será en el mismo inicio del capítulo XXV de *El príncipe*, donde Maquiavelo desvele las proporciones de posibilidad de intervención sobre el porvenir que –con aparente inseguridad, eso sí– atribuye al ser humano: “con todo, y a fin de conservar nuestro libre albedrío, juzgo que quizás sea cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de nuestro obrar, pero que el gobierno de la otra mitad, o casi, lo deja para nosotros”<sup>41</sup>.

Steven B. Smith definirá la *virtù* como “la habilidad para aprovechar una situación –la «ocasión», como Maquiavelo en ocasiones la llama– que nos ha sido dada por la fortuna”<sup>42</sup>, y enfatizará el carácter violento y usurpador a menudo vinculado a la *virtù*<sup>43</sup>. En esta línea, y ahondando en el componente de género de las metáforas de maquiavelianas, a lo largo de *El príncipe*, los *Discursos* y *El arte de la guerra*, todo príncipe –o pueblo– que carezca de *virtù* será tildado de “afeminado” por Maquiavelo. Si bien Pitkin matizará que “«afeminado» no es lo mismo que «femenino»”<sup>44</sup>, tanto para ella como para todas las autoras que bajo su influjo interpretarán de manera esencialista la relación de la mujer con la *virtù*, aparecerá ésta como símbolo paradigmático de la masculinidad<sup>45</sup>, de la edad adulta y la política<sup>46</sup> y en oposición a la mujer, vinculada a la vida de la esfera privada y por tanto no política<sup>47</sup>, boba, miedosa, indecisa, dependiente, infantilmente inocente y fácilmente manipulable<sup>48</sup>. A este respecto resulta ilustrativo un comentario del personaje Fray Timoteo de la obra *La mandrágora*, que afirma que “las mujeres tienen todas poco seso, y como haya una que sepa decir dos palabras, todo el mundo se hace lenguas de ello, porque en el país del ciego el tuerto es el rey”<sup>49</sup> 50.

<sup>38</sup> N. Maquiavelo, *El príncipe, El arte de la guerra, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Vida de Castruccio Castracani, Discursos sobre la situación de Florencia*, op. cit., p. 85.

<sup>39</sup> N. Maquiavelo, *Maquiavelo. Antología. Edición de M. A. Granada*, op. cit., p. 194.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 196.

<sup>41</sup> N. Maquiavelo, *El príncipe, El arte de la guerra, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Vida de Castruccio Castracani, Discursos sobre la situación de Florencia*, op. cit., p. 83.

<sup>42</sup> S. B. Smith, op. cit., p. 120.

<sup>43</sup> Cabe matizar, sin embargo, que la *virtù* tomará en el pensamiento de Maquiavelo multitud de formas, y que si bien entre ellas se encuentran la audacia o la *fierezza*, también hallaremos la sabiduría cultivada mediante la práctica y el estudio, así como el autocontrol (R. Del Águila, op. cit.), características éstas no necesariamente vinculadas a la violencia.

<sup>44</sup> H. F. Pitkin, op. cit., p. 110.

<sup>45</sup> W. Brown, *Manhood and Politics. A Feminist Reading of Political Theory*, Totowa, Rowman & Littlefield, 1988, p. 90.

<sup>46</sup> H. F. Pitkin, op. cit., p. 109.

<sup>47</sup> J. B. Elshtain, op. cit., p. 95.

<sup>48</sup> H. F. Pitkin, op. cit., p. 110.

<sup>49</sup> N. Maquiavelo, *La mandrágora*, Madrid, Tecnos, 2016, p. 42.

<sup>50</sup> En aras de relativizar y contextualizar tal afirmación es interesante recordar las palabras que Fray Timoteo reserva a su propio gremio en la misma obra: “¡Qué poco seso tienen estos frailes míos!”, *ibidem*, p. 65.

Desde esta perspectiva se interpretará a la luz de la pugna *fortuna-virtù* la visión de las relaciones entre hombre y mujer en el pensamiento de Maquiavelo como una permanente batalla entre los sexos<sup>51</sup> que presupone una “masculinidad que implica no una mera oposición a, sino una conquista de la mujer”<sup>52</sup>. Estas interpretaciones en que amor y belicismo se confunden en Maquiavelo, estarían avaladas por comentarios como los llevados a cabo en *La mandrágora* por el personaje de Ligurio, que en clara demostración de la *virtù* de la zorra para la capacidad de fraude y la inteligencia<sup>53</sup>, se moverá en las sombras para conseguir que Callimaco se acueste con Lucrecia, afirmando en relación a la inminente noche de amor que había diseñado: “quiero ser el capitán y organizar el ejército para la batalla”<sup>54</sup>. En la misma línea, la segunda escena del acto primero de la obra *Clizia* consistirá en un monólogo del personaje Cleandro que comenzará sentenciando “ciertamente, quien dijera que el amante y el soldado son similares dijo la verdad”<sup>55</sup>, para entrar a continuación a enumerar toda una serie de similitudes entre ambos.

Para las autoras que abordan el corpus de textos desde esta perspectiva según la cual la *virtù* –y por ende la política– es patrimonio exclusivo del hombre en Maquiavelo, tanto la política como las relaciones entre hombres y mujeres participarán, en el universo maquiaveliano, de una dinámica de poder de suma cero, en la que o se conquista –y por tanto domina– o se es conquistado. Esta relación *virtù-fortuna/hombre-mujer* cabrá ser entendida en el seno de un humanismo renacentista que entendía haber “restablecido al hombre a su lugar natural”, esto es, “el centro del universo”<sup>56</sup>, así como de toda una serie de permutaciones de pares antagónicos derivados de la vinculación primigenia de la mujer a la naturaleza, y por ende, del proyecto milenarista del hombre de vencer “a las fuerzas confusas de la vida”, sometiendo a la naturaleza y por tanto a la mujer<sup>57</sup>. En palabras de la propia Pitkin, para quien la autonomía constituirá la preocupación central de la obra del florentino<sup>58</sup>:

Maquiavelo parece yuxtaponer a los hombres, la autonomía, la edad adulta, las relaciones de mutualidad, la política, el *vivere civile*, la acción humana en la historia y en la humanidad misma por un lado, frente a la mujer, la niñez, la dependencia, las relaciones de dominación, la naturaleza, el poder del ambiente y las circunstancias, el instinto, el cuerpo y la animalidad por el otro<sup>59</sup>.

Y sin embargo, lejos de visiones que relegan en esta pugna a la mujer o a ser mero espejo del hombre guerrero y político o a ser su Otro colectivo suavizado<sup>60</sup>, Pitkin señalará las profundas contradicciones y ambigüedades –así como posibles orígenes– de esta concepción.

<sup>51</sup> W. Brown, *op. cit.*, p. 86, J. B. Elshtain, *op. cit.*, p. 97 y H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 111.

<sup>52</sup> W. Brown, *op. cit.*, p. 88.

<sup>53</sup> H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 37.

<sup>54</sup> N. Maquiavelo, *La mandrágora*, *op. cit.*, p. 60.

<sup>55</sup> N. Maquiavelo, *Machiavelli: The Chief Works and Others. Translated by Allan Gilbert, Vol. 2*, Durham, Duke University Press, 2003, p. 829.

<sup>56</sup> R. Del Águila, *op. cit.*, p. 77.

<sup>57</sup> S. De Beauvoir, *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra, 2017, p. 130.

<sup>58</sup> H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 7.

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 136.

<sup>60</sup> J. B. Elshtain, *Woman and War*, Chicago, The University of Chicago Press, 1995, p. 58.



En una exhaustiva reconstrucción histórica de la vida familiar de la Florencia del siglo XV en que Maquiavelo se crio, donde los bebés de la clase mercantil vivirían sus dos primeros años de vida con nodrizas [*balia*] alejados de sus hogares y donde el padre —mucho mayor que las madres— sería una figura misteriosa y ausente, Pitkin hipotetiza, con Freud, sobre la posibilidad de que aquellos niños criados por nodrizas pobres durante dos años y devueltos luego a un hogar completamente dominado por madres con buenas razones para sentirse abandonadas y resentidas con sus maridos (y con los hombres en general), desarrollaran conflictos edípicos de alta intensidad así como una masculinidad problemática construida contra —pero desde— todo un entorno femenino, aferrándose para ello a exiguos referentes masculinos. Desde estos hitos biográficos fundacionales Pitkin interpretará la ambivalencia de la noción de masculinidad en Maquiavelo como fruto de la “ansiedad de ser lo suficientemente masculino y la preocupación sobre qué signifique ser hombre”<sup>61</sup>.

Así, se dará la paradoja de que este escenario, en que la política aparece como un reino exclusivo a los hombres, estará continuamente amenazado por misteriosas y abrumadoramente poderosas figuras femeninas<sup>62</sup>. Pese a ser despreciadas y aparecer en varias ocasiones en *El príncipe* como mera propiedad del hombre, el poder sexual que sobre éstos ejerce la mujer puede hacer ganar o perder batallas o reinos. En *El arte de la guerra* recordará Maquiavelo la prohibición de “mujeres y [...] juegos ajenos a los ejercicios corporales” por parte de los romanos en sus ejércitos, pues convertían, según ellos, “a los soldados en inútiles y sediciosos”<sup>63</sup>, mientras que en los *Discursos* dedicará la totalidad del capítulo XXVI del Libro Tercero a analizar cómo violaciones y demás atentados contra mujeres “han sido causa de muchas ruinas, ocasionando gran daño a los que gobiernan pueblos y, en éstos, muchas divisiones”<sup>64</sup>, no por la gravedad de las acciones contra las mujeres, sino por —y en línea con la concepción de la mujer como propiedad vinculada al honor<sup>65</sup>— “ofender a los hombres [...] desmoralizando los matrimonios”<sup>66</sup>.

Aparecerá, sin embargo, con frecuencia en las obras de ficción de Maquiavelo, “la inversión de jerarquías convencionales”<sup>67</sup> donde el hombre acaba rindiéndose ante la mujer poderosa. En el relato *El archidiablo Belfegor* el diablo, ávido de saber a qué se referían los recién llegados al infierno con las penurias del matrimonio, y transmutado en el personaje Rodrigo, acaba siendo doblegado por su esposa Onesta, quien advirtiéndolo “el gran amor que su marido le profesaba; y, segura de poder dominarle en todo a su antojo, le daba órdenes sin piedad o respeto alguno”<sup>68</sup>. De igual forma, en la comedia *Clizia*, tras toda una serie de intrigas de alcoba fallidas, el hombre, Nicomaco, acabará rindiéndose ante su esposa Sofronia, quien afirmará que éste le “ha dado un cheque en blanco y en adelante quiere que dirija todo acorde

<sup>61</sup> H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 5.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 109.

<sup>63</sup> N. Maquiavelo, *El príncipe, El arte de la guerra, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Vida de Castruccio Castracani, Discursos sobre la situación de Florencia, op. cit.*, p. 212.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 585.

<sup>65</sup> H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 118.

<sup>66</sup> N. Maquiavelo, *El príncipe, El arte de la guerra, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Vida de Castruccio Castracani, Discursos sobre la situación de Florencia, op. cit.*, p. 585.

<sup>67</sup> H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 44.

<sup>68</sup> N. Maquiavelo, *El archidiablo Belfegor*, Madrid, Gadir, 2010, p. 23.

a mis propias nociones”<sup>69</sup>. También en la ya mencionada obra *La mandrágora* el personaje Ligurio se referirá a Lucrecia como una mujer “capaz de gobernar un reino”<sup>70</sup>.

Retomando la idea de la mujer como fuerza de la naturaleza, el críptico y a menudo incomprendido poema inacabado *El asno de oro* será clave en relación a la mujer y la política<sup>71</sup>. En él una mujer sobrehumana, Circe, que vive en un bosque exiliada de la ciudad –la política– transforma a los hombres en animales. Allí el héroe del poema es retenido, y en su cautiverio será cuidado y alimentado por una bella sirvienta de Circe, con quien establece una relación de verdadera amistad alejada de las dinámicas de conquista, hablando “de muchas cosas, / como un amigo con el otro habla”<sup>72</sup>. En uno de sus paseos la pareja dialogará con un cerdo que antaño fuera hombre y que le insistirá al protagonista en la superioridad de su nueva condición de animal, pues “la ambición, la lujuria, el llanto, / y la avaricia, [...] genera sarna”<sup>73</sup> en la vida que tanto dicen amar los hombres. Él, ahora como cerdo, sin embargo insiste: “no lo creará demasiado; / en este fango más feliz vivo, / donde sin pensar me baño, y me revuelco”<sup>74</sup>. De nuevo, bajo la apariencia de una jocosa fábula, *El asno de oro* plantea la dicotomía entre el mundo femenino vinculado a la naturaleza –aquí asociado con la amistad alejada del conflicto y la feliz despreocupación de la animalidad– y el mundo masculino de la política y de lo humano. Aquí resulta inevitable no mencionar el estudio que de la correspondencia de Maquiavelo hace Jo Ann Cavallo, pues la reminiscencia autobiográfica respecto del amor de la mujer como remanso de paz dentro de la crudeza del mundo de la política es evidente. En sus propias palabras escribirá Maquiavelo sobre el efecto que en él genera su relación con La Tafani: “He renunciado, pues, a pensamientos sobre grandes y graves materias. Ya no me deleito en la lectura de las gestas de los antiguos o en discutir las de los modernos: todo se ha transformado en pensamientos tiernos, por los que agradezco a Venus y a todo Chipre”<sup>75</sup>.

Y sin embargo, retornando a las interpretaciones de Pitkin, las ambigüedades dentro de los pares antagónicos *fortuna-virtù*/mujer-hombre/naturaleza-cultura son constitutivas dentro de la obra comúnmente considerada política de Maquiavelo más allá de las contradicciones que ésta presentara frente al obrar de su vida privada. Si bien Maquiavelo teoriza en torno a la posibilidad de los hombres de labrar su propio destino, hay evidencias que apuntan hacia que él mismo reconociera que “en tanto que la *virtù* de un hombre deriva de su nacimiento, educación y experiencia, es ésta misma producto de la fortuna”<sup>76</sup>. Así, en los *Discursos* dejará entrever que incluso el éxito de un hombre cultivado en la *virtù* dependerá en última instancia de que la *fortuna* lo elija para que lleve a término ese éxito aprovechando la ocasión: “cuando la fortuna quiere que se realicen grandes cosas, elige un hombre de tanta inteligencia y tanto valor, que comprenda y aproveche la ocasión que le brinda”<sup>77</sup>. Así, de igual

<sup>69</sup> N. Maquiavelo, *Machiavelli: The Chief Works and Others. Translated by Allan Gilbert, Vol. 2, op. cit.*, p. 862.

<sup>70</sup> N. Maquiavelo, *La mandrágora, op. cit.*, p. 16.

<sup>71</sup> H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 122.

<sup>72</sup> N. Maquiavelo, *Machiavelli: The Chief Works and Others. Translated by Allan Gilbert, Vol. 2, op. cit.*, p. 764.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 772.

<sup>74</sup> *Ibidem*.

<sup>75</sup> Citado en J. A. Cavallo, *op. cit.*, p. 127.

<sup>76</sup> H. F. Pitkin, *op. cit.*, p. 158.

<sup>77</sup> N. Maquiavelo, *El príncipe, El arte de la guerra, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Vida de Castruccio Castracani, Discursos sobre la situación de Florencia, op. cit.*, pp. 496-497.

forma que la masculinidad en los niños de la Florencia del siglo XV se construiría contra la feminidad pese a ser producto de ella, el hombre, por más que cultive su *virtù*, incluso cuando triunfe, será porque la *fortuna* así lo decida, pues incluso esa *virtù* será creación suya. Si bien Maquiavelo hablará en los *Discursos* de un tipo de *virtù* que puede ser cultivada en la ciudadanía de una república mediante “las leyes, las costumbres o las instituciones”<sup>78</sup> –que en Maquiavelo son fruto de “los conflictos”, “el desacuerdo” y “los desórdenes”<sup>79</sup>–, pues los hombres “saben hacer de necesidad virtud”<sup>80</sup>, sin embargo, más allá de la “necesidad artificial”<sup>81</sup> creada por el gobernante que nos recuerda Brown, siempre existirá un tipo de necesidad sobre la cual no pueda incidir ni el más virtuoso gobernante, una “necesidad natural”<sup>82</sup>, siendo pues la *virtù* que de esta necesidad naciera enteramente fruto de los designios de la *fortuna*.

Sirviéndose de las etimologías latina y griega de la palabra *mater* y relacionándola con sus significados de “madre”, “materia” y “madera”, Wendy Brown introducirá un nuevo elemento de género en la dicotomía *fortuna-virtù*/mujer-hombre/naturaleza-cultura, al apuntar el uso del término *materia* en la obra de Maquiavelo en relación a la manifestación de la *virtù* –siempre masculina para Brown– expresada en el acto de dotar de *forma* a la *materia*, particularmente en presente en referencia al fundador de las repúblicas en los *Discursos*, pero también en *El príncipe*. Así, según Brown, en Maquiavelo “mujer-materia-madre se erige en oposición a hombre-forma-padre donde la primera no sólo existe para el uso del segundo sino que aparece como dotada de forma y propósito por el segundo”<sup>83</sup>.

En relación a la *fortuna* la interpretación de Brown se distanciará de la icónica de Pitkin en tanto que propondrá que incluso ésta sea creación de la *virtù*, y por tanto del hombre. No se referirá aquí Brown a ese cincuenta por ciento máximo de intervención en el porvenir mediante la *virtù* a que se refiere Maquiavelo en *El príncipe*, sino a que la *fortuna* no sea más que “las consecuencias reificadas de la estrechez de miras de [la] ambición”<sup>84</sup> del hombre, por más que guste Maquiavelo de adornar dicha figura de un aura sobrenatural. En una suerte de desmitificación en que Brown parece proclamar *à la* Nietzsche la muerte de la diosa *fortuna*, afirmará que en realidad la supuesta batalla del hombre contra la *fortuna* no hará sino esconder otra más profunda (y verdadera), esto es: la “lucha contra su propia sombra individual y colectiva”<sup>85</sup>, en una lectura de la *fortuna* con reminiscencias de la noción de inconsciente en Freud.

En este punto, y tras haber propuesto un Maquiavelo en que la política y la *virtù* sólo pueden ser entendidos en términos masculinos y de conquista militar, se distanciará Brown del canon pitkiniano y nos servirá de autora bisagra entre los dos paradigmas que propondremos.

<sup>78</sup> J. M. Forte, “Estudio introductorio” en *ibidem*, XCVI.

<sup>79</sup> *Ibidem*, pp. 267-268.

<sup>80</sup> *Ibidem*, p. 353.

<sup>81</sup> W. Brown, *op. cit.*, p. 101.

<sup>82</sup> *Ibidem*.

<sup>83</sup> *Ibidem*, p. 88.

<sup>84</sup> *Ibidem*, pp. 112-113.

<sup>85</sup> *Ibidem*, p. 115.

### 3. Hombres como mujeres, mujeres como hombres: Saxonhouse y la ambigüedad en Maquiavelo

Las anteriormente estudiadas visiones esencializadas que afirman que “hombres y mujeres son fundamentalmente distintos entre ellos y tienen temperamentos y capacidades profundamente divergentes, [...] presuponen que Maquiavelo creía que sólo los hombres poseían características compatibles con la actividad política productiva”<sup>86</sup>. En oposición a estas interpretaciones hallaremos, capitaneadas por Arlene Saxonhouse desde la aparición en 1985 de su *Women In The History of Political Thought*, a autoras que precisamente abrazarán el pensamiento de Maquiavelo, como uno en el que se desdibujarán las rígidas fronteras entre bien y mal, virtud y vicio, y también entre hombre y mujer<sup>87</sup>. Mostrando lo que bien podría denominarse como una suerte de protoconstructivismo en relación al género, Saxonhouse incide en que la insistencia de Maquiavelo por señalar cómo la religión cristiana —pero sobre todo, las “falsas interpretaciones y la educación que de ellas nace”<sup>88</sup>— tornó afeminados a los hombres, presupone que la masculinidad es producto de la educación, y por tanto no inherente al sexo biológico. De hecho, podemos añadir que en el capítulo XLIII del Libro Tercero de los *Discursos*, Maquiavelo será muy claro al respecto: “verdad es que sus actos son más virtuosos, ora en un país, ora en otro; pero esto depende de la educación dada a los pueblos y de la influencia que esta tiene en las costumbres públicas”<sup>89</sup>. Si a ello añadimos que “cuando Maquiavelo clarifica cómo debemos contener a la Fortuna nos insta a imitarla”, pues “la clave para limitar los efectos de la Fortuna es la capacidad de cambio —justo aquello que la propia Fortuna hace”<sup>90</sup>—, se infiere que los roles que tanto hombre como mujer juegan en la obra de Maquiavelo son mucho más maleables —y por tanto ambiguos— de lo que pudiera pensarse.

Siguiendo la estela de Saxonhouse, Michelle Tolman Clarke analizará la noción de *animo* como brío, vehemencia o animosidad en la obra de Maquiavelo, en tanto que íntimamente vinculada con la *virtù*. Cercano a la noción de *thumos* de la antigua Grecia, el *animo* que acompaña a menudo a la *virtù* de hombres y pueblos también aparecerá como característica de grandes mujeres en la obra de Maquiavelo. Clarke contabilizará hasta treinta y cuatro mujeres de gran *animo* sólo en *El príncipe*, los *Discursos* y la *Historia de Florencia*. Pese a poder resultar su exceso perjudicial para una república, será en el campo de las conjuraciones donde el *animo* en toda su pureza será más útil. Será en el capítulo que a ellas dedique en los *Discursos* Maquiavelo, donde brillen mujeres como Epicaris, cuya inteligencia y audacia durante una conjuración fallida evitaría que corriera la misma suerte que sus cómplices condenados por Nerón, o Marcia, que al descubrir por accidente que ella y otros dos capitanes de pretorianos iban a ser asesinados por el emperador Cómodo, les informó de ello y, anticipándose a él, lo asesinaron, salvando con ello la vida<sup>91</sup>. En los *Discursos* aparecerá también la omnipresente Caterina Sforza, a la que también dedica Maquiavelo páginas en *El*

<sup>86</sup> M. T. Clarke, *op. cit.*, p. 235.

<sup>87</sup> A. Saxonhouse, *op. cit.*, p. 151.

<sup>88</sup> N. Maquiavelo, *El príncipe, El arte de la guerra, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Vida de Castruccio Castracani, Discursos sobre la situación de Florencia, op. cit.*, p. 417.

<sup>89</sup> *Ibidem*, p. 623.

<sup>90</sup> A. Saxonhouse, *op. cit.*, p. 156.

<sup>91</sup> N. Maquiavelo, *El príncipe, El arte de la guerra, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Vida de Castruccio Castracani, Discursos sobre la situación de Florencia, op. cit.*, pp. 528-529.

*príncipe* (capítulo XX), *El arte de la guerra* (Libro Séptimo) y en las *Historias de Florencia* (Libro Octavo capítulo XXXIV)<sup>92</sup>, y que de hecho conoció en persona en su primera misión diplomática, en la que ésta burló al florentino al prometerle un acuerdo que nunca firmaría<sup>93</sup>. Sforza gestionará con coraje una conjura llevada a cabo contra su fortaleza y en la que su marido es asesinado, y aprovechando tanto las expectativas depositadas en ella como mujer de palabra como las de madre, promete a los conjuradores entregarles su fortaleza si le permiten antes entrar en ella, dejándoles a sus hijos como muestra de su palabra. Subvirtiendo las expectativas que los roles de mujer de palabra y madre habían creado, Sforza incumple su promesa y recobra el poder sobre su fortaleza, contestando a la amenaza de los conjuradores de matar a sus hijos enseñándoles “los órganos genitales, [y] diciéndoles que tenía con qué hacer otros”<sup>94</sup>, “asegurando tanto su propia autonomía como la autonomía de su ciudad, así como la eterna admiración de Maquiavelo”<sup>95</sup>.

También en las *Historias de Florencia* nos mostrará Clarke otra mujer, Eudoxia, que dotada de *animo* venga el asesinato de su marido y hace deponer al hombre que lo mató y la obligó a casarse con él, Máximo, “un simple ciudadano”<sup>96</sup>. Animando en secreto a Genserico a invadir Italia, conseguiría su objetivo, donde “lo que inicialmente parecía una mera queja doméstica en última instancia toma una importancia pública, y de hecho internacional”<sup>97</sup>, subvirtiendo de nuevo las esferas privadas y públicas y su vinculación histórica de género.

Clarke argumentará, convincentemente a nuestro juicio, que, si bien Maquiavelo no podía llamar *virtù* a esta cualidad de alguna de estas mujeres, pues la *virtù* precisamente presupone medida en la animosidad y el *animo* no, sí produciría sin embargo éste efectos políticos dignos de su admiración, prueba de lo cual es que en sus descripciones de estas mujeres de gran *animo* “el mismo Maquiavelo nunca condena a estas mujeres como perversiones”<sup>98</sup>, lo cual sin duda hubiera hecho si considerase la acción política como exclusivo patrimonio masculino.

Catherine H. Zuckert sin embargo sí dará el paso de afirmar en su análisis de *Clizia* que Maquiavelo presentará en dicha comedia a Sofornia como una mujer a todos los efectos dotada de *virtù*, pues no sólo doblega a su marido sino que lo hace a espaldas de la esfera pública para preservar el buen nombre de su cónyuge, y por tanto el suyo. Según Zuckert, al mostrar Maquiavelo en Sofornia una *virtù* superior a la de los demás personajes sugerirá “que no hay diferencia entre los sexos respecto a su potencial de conseguir la excelencia humana” abriendo con ello camino, según la autora, a lo que se conocerá como “feminsmo liberal”<sup>99</sup>.

Reforzando las ideas de maleabilidad e intercambiabilidad entre sexos de las cualidades que a cada género atribuyera Maquiavelo, Melissa M. Matthes, en un capítulo

<sup>92</sup> M.J. Falco, “Introduction”, en M.J. Falco (ed.), *Feminist Interpretations of Niccolò Machiavelli*, op. cit., p. 30.

<sup>93</sup> H. F. Pitkin, op. cit., pp. 249-250 y M.J. Falco, “Introduction”, en M.J. Falco (ed.), *Feminist Interpretations of Niccolò Machiavelli*, op. cit., p. 5.

<sup>94</sup> N. Maquiavelo, *El príncipe, El arte de la guerra, Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Vida de Castruccio Castracani, Discursos sobre la situación de Florencia*, op. cit., p. 533 y N. Maquiavelo, *Historia de Florencia*, Madrid, Teenos, 2016, p. 455.

<sup>95</sup> M. T. Clarke, op. cit., p. 247.

<sup>96</sup> N. Maquiavelo, *Historias de Florencia*, op. cit., p. 33.

<sup>97</sup> M. T. Clarke, op. cit., p. 245.

<sup>98</sup> *Ibidem*, p. 251.

<sup>99</sup> C. H. Zuckert, “Fortune Is a Woman— But So Is Prudence”, en M.J. Falco (ed.), *Feminist Interpretations of Niccolò Machiavelli*, op. cit., pp. 197-211, aquí p. 199.

de su *The Rape of Lucretia and the Founding of Republics* del año 2000, se centrará en la cualidad, históricamente atribuida a la mujer, de la seducción, que en la conocida metáfora de *El príncipe* correspondería a la zorra [*la volpe*] y no al león [*il leone*]. Matthes pondrá de relieve, como en menor grado ya hiciera Brown años atrás<sup>100</sup>, que para Maquiavelo la gestión de las apariencias en política es determinante, y por ende propondrá la metáfora de la seducción, y no la de la conquista o la violación de la *fortuna*, como la que mejor caracterice su pensamiento político, evidenciando con ello la paradoja existente en relación a la feminidad en el pensamiento del florentino, pues “pese a que sus imágenes de la mujer están repletas de violencia sexual, en su narrativa política es lo femenino aquello que en última instancia hace posible la política”<sup>101</sup>.

Serán también varias las autoras de esta corriente las que teoricen respecto al posible papel de la mujer según las conceptualizaciones de Maquiavelo en torno a las nociones de ciudadanía.

R. Claire Snyder, en una lectura republicana de Maquiavelo bajo el prisma del ideal del ciudadano-soldado, afirmará que “de manera implícita en la visión de Maquiavelo hay una comprensión performativa tanto de la identidad cívica como de género”<sup>102</sup>, pues será la participación tanto en las milicias cívicas como en la legislación cívica lo que convierta a individuos masculinos en ciudadanos-soldado, ya que “bajo un correcto contexto institucional republicano los seres humanos se pueden erigir por encima de sus estrechamente definidos intereses propios y gobernarse a sí mismos por un bien común”<sup>103</sup>. Pese a resaltar el carácter viril vinculado al ideal del ciudadano-soldado, Snyder entiende que dicha “«masculinidad» es socialmente construida en lugar de enraizada en la naturaleza”<sup>104</sup>, pues formará parte de lo que la autora denomina la “ciudadanía de prácticas cívicas”. De esta forma, para Snyder, será la política la que construye la masculinidad, y no al revés como apuntaba Brown<sup>105</sup>, abriendo con ello la puerta a poder imaginar que esta concepción implícitamente performativa de la ciudadanía pudiese haber incluido también a mujeres como ciudadanas<sup>106</sup>, de haberlas integrado en las “prácticas cívicas”.

También tras la estela de Saxonhouse en relación a la fluidez de lo masculino y femenino en la obra del florentino, Vesna Marcina argumentará que la virtud cívica en Maquiavelo requiere de lo que la autora denomina “flexión de género”, de manera que la ciudadanía republicana en su obra aparecería como “menos masculina y excluyente de lo que tradicionalmente se ha percibido”<sup>107</sup>. Tras señalar varios casos de mujeres que muestran tanto cualidades tradicionalmente vinculadas a la mujer como a otras masculinas, se centrará en dos cualidades arquetípicamente femeninas que, pese a no ser explicitadas en la obra de Maquiavelo, permean según Marcina toda su concepción de la ciudadanía republicana: la sumisión y la dependencia. La autora

<sup>100</sup> W. Brown, *op. cit.*, pp. 102-106.

<sup>101</sup> M. M. Matthes, “The Seriously Comedic, or Why Machiavelli’s Lucretia Is Not Livy’s Virtuous Roman”, en M.J. Falco (ed.), *Feminist Interpretations of Niccolò Machiavelli*, *op. cit.*, pp. 247-266, aquí p. 260.

<sup>102</sup> R. C. Snyder, “Machiavelli and the Citizenship of Civic Practices”, en M.J. Falco (ed.), *Feminist Interpretations of Niccolò Machiavelli*, *op. cit.*, pp. 213-246, aquí p. 232.

<sup>103</sup> *Ibidem*, p. 230.

<sup>104</sup> *Ibidem*, p. 226.

<sup>105</sup> *Ibidem*, p. 233.

<sup>106</sup> *Ibidem*.

<sup>107</sup> V. Marcina, “Maquiavelli, Civic Virtue and Gender”, en M.J. Falco (ed.), *Feminist Interpretations of Niccolò Machiavelli*, *op. cit.*, pp. 309-336, aquí p. 310.



apuntará en relación a la “flexión de género” inherente a la virtud cívica en Maquiavelo, que ésta exige tanto sumisión como dependencia por parte de todos los actores políticos, pues “los ciudadanos deben someterse al bien común para que la república sea exitosa y [a su vez] no tienen otra opción que depender de los demás para que se resistan a la corrupción”<sup>108</sup>. Marcina polemizará contra concepciones esencialistas como la de Pitkin, argumentando que en Maquiavelo las repúblicas, lejos de huir de toda actitud femenina, requerirán de una “flexión de género” por parte de los ciudadanos hombres, en tanto que éstos deberán cultivar la sumisión y la dependencia, dejando abierta la posibilidad, según la autora, de que las mujeres también lleven a cabo una nueva “flexión de género” y devengan ciudadanas.

Por último, en la línea de Saxonhouse, Jo Ann Cavallo, analizará la correspondencia y obras menos estudiadas de Maquiavelo para, dejando de lado lo que éste dijera sobre la mujer en general, centrarse en mujeres individuales de su vida y obra, llegando a la conclusión de que lo que “emerge no sólo es una caracterización positiva de las diversas mujeres [...], sino similitudes esenciales entre ellas que ofrecen un modelo para la acción humana, ya sea masculina o femenina”<sup>109</sup>.

Cavallo extraerá del análisis de la correspondencia de Maquiavelo que sus relaciones con La Riccia, La Tafani, Barbera Rafficani Salutati y su propia mujer Marietta Sorsini, lejos de ser ejemplo de agresivas conquistas se fundamentaban en la sincera amistad y confianza así como en el consuelo ante tanto duras épocas personales como las crudezas de la política. Buen ejemplo de ello es tanto la carta sobre La Tafani a la que ya aludimos al comentar *El asno de oro*, como otra de 1515 a un amigo en la que un abatido Maquiavelo en el exilio se refiere a los consuelos que obtiene de las conversaciones con La Riccia como “únicos remansos y refugios para mi bote sin timón ni vela a causa de la tempestad sin fin”<sup>110</sup>.

En relación a *El asno de oro*, Cavallo apunta que si, como interpreta Pitkin, la animalidad simboliza una liberación de las miserias de la política y la cultura, entonces la sobrehumana Circe estaría realmente “obsequiando a privilegiados individuos con una forma superior de existencia”<sup>111</sup> al transformar a los hombres en animales. Sorprenderá también el hallazgo de un manuscrito titulado *Artículos para una compañía placentera* en que Maquiavelo, propone una serie de juegos de alcoba donde “no sólo otorga a mujeres y hombres los mismos derechos y capacidades, sino también asume que comparten los mismo deseos sexuales”<sup>112</sup>, sin establecer ningún tipo de jerarquía ni privilegios por parte de los hombres en los juegos propuestos. Por último, Cavallo llama la atención sobre el hecho de que Maquiavelo, a través del personaje Sostrata, la madre de Lucrecia en *La mandrágora*, dé en cierto modo voz a la denuncia de un trato legal tremendamente desfavorable para las mujeres en el siglo XVI al apuntar ésta: “¿No ves que una mujer que no tiene hijos no tiene nada? Muere el marido y queda como una bestia abandonada para todos”<sup>113</sup>.

De esta manera, veintiséis años después del seminal *Public Man, Private Woman* de Elshtain en que aparecían por primera vez teorizadas en relación a la mujer las esferas privada y pública del pensamiento de Maquiavelo, Cavallo dará una nueva

<sup>108</sup> *Ibidem*, p. 323.

<sup>109</sup> J. A. Cavallo, *op. cit.*, p. 124.

<sup>110</sup> *Ibidem*, p. 126.

<sup>111</sup> *Ibidem*, p. 135.

<sup>112</sup> *Ibidem*, p. 140.

<sup>113</sup> N. Maquiavelo, *La mandrágora, op. cit.*, p. 45.

vuelta de tuerca a esta visión al tratar de trazar líneas de simetría o de asimetría entre dichas esferas en la obra de ficción y en la biografía del propio Maquiavelo. A la luz de su epistolario, escritos históricos, comedias, prosa de ficción y poesía Cavallo entreverá un Maquiavelo que de nuevo cuestionaría las convenciones de la época en cuanto a las restricciones del ámbito privado-público, y para el que las mujeres aparecen como “tan capaces como los hombres en cualquier rama de actividad, si no más”<sup>114</sup>. En línea con la propuesta hermenéutica que sugeríamos en la introducción en relación a la utilidad de los clásicos en la actualidad, Cavallo, de nuevo llevando a Maquiavelo más allá del propio Maquiavelo, concluirá que la visión positiva e igualitaria de las mujeres que halló en su obra menos estudiada nos puede proporcionar hoy modelos de comportamiento para ambos sexos<sup>115</sup>.

#### 4. Conclusión

El presente estudio ha tratado de realizar un breve estado de la cuestión en relación a la interpretación de “la cuestión de la mujer” en la obra de Maquiavelo que desde la teoría política estadounidense se llevó a cabo desde principios de la década de 1980. Se ha sostenido que las obras dedicadas a dicha materia durante las tres décadas de investigación analizadas pueden ser adscritas a dos grandes paradigmas hermenéuticos: uno que parte de nociones esencializadas del género que se consolidaría a partir de 1984 con la obra de Hanna Pitkin *Fortune Is a Woman. Gender and Politics in the Thought of Niccolò Machiavelli*, y otro que denominamos protoconstructivista en relación al género que surgiría en 1985 a raíz de un capítulo dedicado a Maquiavelo en el libro *Women in the History of Political Thought* de Arlene Saxonhouse.

Si bien el carácter pionero y la contundencia intelectual de la obra de Pitkin parecen incuestionables para la mayoría de autoras, es bajo el paradigma de Saxonhouse que hallamos en nuestro estudio la mayor cantidad y variedad de interpretaciones y sobre todo las más fértiles en términos de utilidad para los problemas políticos de la actualidad, que a fin de cuentas creemos debe ser la función principal de la lectura de los clásicos hoy.

Las puertas abiertas en 1985 por Saxonhouse en relación a la fluidez de identidades de género en la obra de Maquiavelo invitan a explorar en subsiguientes investigaciones la obra del florentino a la luz de teorías performativas del género como las propuestas a partir de 1990 con su *Gender Trouble* por Judith Butler, quien sorprendentemente no es citada por ninguna autora posterior a 1990 analizada en el presente ensayo.

De igual forma creemos que por su calidad, profundidad y utilidad este debate suscitado desde la década de 1980 hasta la actualidad en la teoría política estadounidense resulta enriquecedor para la disciplina y merece ser considerado y estudiado por la academia de habla hispana, donde ha hecho escaso acto de presencia.

A tenor del corpus de textos analizados la obra de Maquiavelo todavía depara valiosas enseñanzas políticas leída a la luz de una teoría política que lentamente reclama un estudio de las relaciones de poder en que la mujer sea tanto objeto como sujeto de estudio<sup>116</sup>.

<sup>114</sup> J. A. Cavallo, *op. cit.*, p. 147.

<sup>115</sup> *Ibidem*.

<sup>116</sup> Para las obras citadas sin edición publicada en castellano se ha hecho uso de traducciones del autor.